

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES
EN EL CONGRESO INTERNACIONAL DE PASTORAL VOCACIONAL,
PROMOVIDO POR LA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

Señores cardenales, queridos hermanos obispos y sacerdotes, hermanos y hermanas:

Les recibo con alegría al final de este Congreso, organizado por la Congregación para el Clero, y agradezco al Cardenal Beniamino Stella las corteses palabras que me ha dirigido en nombre de todos.

Les confieso que siempre me da un poco de miedo utilizar algunas expresiones comunes de nuestro lenguaje eclesial: «pastoral vocacional» podría hacer pensar en uno de tantos sectores de la actividad de la Iglesia, en una oficina de curia o, acaso, en la elaboración de un proyecto. No digo que esto no sea importante, pero es mucho más: ¡la pastoral vocacional es un encuentro con el Señor! Cuando acogemos a Cristo, vivimos un encuentro decisivo, que ilumina nuestra existencia, nos saca de la angustia de nuestro pequeño mundo y hace de nosotros discípulos enamorados del Maestro.

No por casualidad han elegido como título de este Congreso «Misericordia atque eligendo», tomado de las palabras de san Beda el Venerable (cf. *Hom.* 21, en CCL 122, 149; *Liturgia horarum*, 21 de septiembre, Officium lectionis, lectio II). Ustedes saben –lo he dicho otras veces– que he elegido este lema recordando mis años juveniles, en los cuales sentí fuertemente la llamada del Señor. Esto no sucedió como consecuencia de una conferencia o por una bella teoría, sino por haber experimentado la mirada misericordiosa de Jesús sobre mí. Ha sido así, les digo la verdad. Es hermoso que hayan venido aquí, de muchas partes del mundo, a reflexionar sobre este tema; pero, por favor, ¡que no se quede todo en un bonito congreso! La pastoral vocacional implica aprender el estilo de Jesús, que pasa por los lugares de la vida cotidiana, se detiene sin prisa y, mirando a los hermanos con misericordia, los conduce al encuentro con Dios Padre.

Los evangelistas resaltan con frecuencia un aspecto de la misión de Jesús: él sale por las calles y se pone en camino (Lc 9, 51), «recorre ciudades y villas» (Lc 9, 35) y va al encuentro de los sufrimientos y las esperanzas del pueblo. Es el «Dios con nosotros», que vive entre las casas de sus hijos y no teme mezclarse con las multitudes de nuestras ciudades, convirtiéndose en fermento de novedad allí donde la gente lucha por una vida distinta. También en el caso de la vocación de Mateo encontramos el mismo detalle: antes Jesús *sale* de nuevo a predicar, después *ve* a Leví sentado al banco de los impuestos y, finalmente, lo *llama* (Lc 5, 27). Podemos detenernos en estos tres verbos, que indican el mecanismo de toda pastoral vocacional: *salir, ver, llamar*.

Antes que nada: *salir*. La pastoral vocacional reclama una Iglesia en movimiento, capaz de rebasar los propios confines, midiéndoles no con la restricción de los cálculos humanos o con el temor de equivocarse, sino con la medida amplia del corazón misericordioso de Dios. No se puede hacer una siembra de vocaciones fructuosa si nos mantenemos cerrados en el «cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’», sin «ser audaces y creativos en este deber de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (*Evangelii gaudium*, 33). Debemos aprender a *salir* de nuestra rigidez que nos hace incapaces de comunicar la alegría del Evangelio, de las fórmulas estandarizadas que con frecuencia son anacrónicas, de los análisis preconcebidos que encasillan la vida de las personas en esquemas fríos. Salir de todo esto.

Lo pido sobre todo a los pastores de la Iglesia, a los obispos y a los sacerdotes: ustedes son los principales responsables de las vocaciones cristianas y sacerdotales, y este deber no se puede reducir a una oficina burocrática. También cada uno de ustedes ha vivido un encuentro que ha cambiado su vida, cuando otro sacerdote —el párroco, el confesor, el director espiritual— les ha hecho experimentar la belleza del amor de Dios. Y así también ustedes: saliendo, escuchando a los jóvenes —¡se necesita paciencia!—, pueden ayudarles a discernir los movimientos de su corazón y a orientar sus pasos. Es triste que un sacerdote viva sólo para sí mismo, encerrándose en la fortaleza segura de la casa parroquial, de la sacristía o del grupo selecto de «los fidelísimos». Al contrario, hemos sido llamados a ser pastores en medio del pueblo, capaces de animar una pastoral del encuentro y de dedicar tiempo a la acogida y a la escucha de todos, especialmente de los jóvenes.

Segundo: *ver. Salir, ver*. Cuando pasa por el camino, Jesús se detiene y concentra la mirada en el otro, sin prisa. Y esto hace atrayente y fascinante su llamada. Hoy, desafortunadamente, la prisa y la velocidad de los estímulos a los que somos sometidos no siempre dejan espacio a ese silencio interior en el que resuena la llamada del Señor. A veces se puede correr este riesgo también en nuestras comunidades: pastores y agentes pastorales atenzados por la prisa, excesivamente preocupados de las cosas que deben hacer, que corren el riesgo de caer en un activismo organizativo vacío, sin que puedan detenerse para encontrar a las personas. El Evangelio, al contrario, nos hace ver que la vocación empieza por una mirada de misericordia que se ha posado sobre mí. Se trata de este término, *miserando*, que expresa al mismo tiempo el abrazo de los ojos y del corazón. Es así como Jesús ha mirado a Mateo. Finalmente, este «publicano» no ha percibido sobre sí una mirada de desprecio o de juicio, sino que se ha sentido mirado por dentro con amor. Jesús ha desafiado los prejuicios y las etiquetas de la gente; ha creado un espacio abierto en el que Mateo ha podido revisar su propia vida e iniciar un nuevo camino.

Así me gusta pensar en el estilo de la pastoral vocacional. Y, permítanme, del mismo modo imagino la mirada de cada pastor: atento, no precipitado, capaz de detenerse y leer en profundidad, de entrar en la vida del otro sin jamás hacerlo sentir ni amenazado ni juzgado. Es una mirada, propia del pastor, capaz de suscitar estupor por el Evangelio, de despertar del entumecimiento en el cual la cultura del consumismo y de la superficialidad nos sumerge, y de suscitar preguntas auténticas que conducen a la felicidad, sobre todo entre los jóvenes. Es una mirada de discernimiento, que acompaña a las personas sin posesionarse de su conciencia ni pretender controlar la gracia de Dios. En fin, es una mirada atenta y vigilante y, por ello, un llamado continuo a purificarse. Y cuando se trata de las vocaciones sacerdotales y del ingreso al Seminario, les ruego que hagan un discernimiento en la verdad, que tengan una mirada perspicaz y precavida, libre de ligereza o superficialidad. Lo digo en particular a los hermanos obispos: vigilancia y prudencia. La Iglesia y el mundo tienen necesidad de sacerdotes maduros y equilibrados, de pastores intrépidos y generosos, capaces de cercanía, escucha y misericordia.

Salir, ver y, tercera acción, *llamar*. Es el verbo típico de la vocación cristiana. Jesús no hace largos discursos, no ofrece un programa al cual adherirse, no hace proselitismo ni ofrece respuestas prefabricadas. Dirigiéndose a Mateo, se limita a decir: «¡Sígueme!». De este modo, suscita en él la fascinación de descubrir una nueva dirección, abriendo su vida hacia un «lugar» que va más allá del pequeño banco en el que estaba sentado. El deseo de Jesús consiste en poner a las personas en camino, sacarlas del sedentarismo letal, romper la ilusión de que se pueda vivir feliz permaneciendo cómodamente sentado sobre las propias seguridades.

Este deseo de búsqueda, que con frecuencia se da entre los más jóvenes, es el tesoro que el Señor pone en nuestras manos para cuidarlo, cultivarlo y hacerlo germinar. Contemplamos a Jesús, que pasa por las riberas de la existencia, recogiendo el deseo de quien busca, la desilusión de una noche de pesca infructuosa, la sed ardiente de una mujer que va al pozo a buscar agua, o la urgente necesidad de cambiar de vida. Así, también nosotros, en vez de reducir la fe a un libro de recetas o a un conjunto de normas para observar, podemos ayudar a los jóvenes a hacerse las preguntas justas, a ponerse en camino y a descubrir la alegría del Evangelio.

Sé bien que su tarea no es fácil y que a veces, no obstante una entrega generosa, los resultados pueden ser escasos y estamos en riesgo de caer en la frustración y el desánimo. Pero si no cedemos a los lamentos y continuamos «saliendo» para anunciar el Evangelio, el Señor permanecerá a nuestro lado y nos dará el valor necesario para lanzar las redes, incluso estando cansados y desilusionados por no haber pescado nada.

A los obispos y a los sacerdotes, sobre todo, quisiera decirles: perseveren haciéndose cercanos, en la proximidad —aquella *synkatabasis* del Padre y del

Hijo con nosotros—; perseveren en el salir, en el sembrar la Palabra, con ojos de misericordia. A su acción pastoral, a su discernimiento y a su oración se confía la pastoral vocacional. Tengan cuidado de promoverla, adoptando los métodos posibles, ejercitando el arte del discernimiento y dando impulso, a través de la evangelización, a las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. No tengan miedo de anunciar el Evangelio, de encontrar a los jóvenes y orientar su vida. Y no sean demasiado reservados al proponerles el camino de la vida sacerdotal, mostrando, sobre todo con su gozoso testimonio, que es hermoso seguir al Señor y entregarle la vida para siempre. Y, como fundamento de esta obra, recuerden siempre encomendarse al Señor, implorando de él nuevos operarios para su mies y sosteniendo las iniciativas de oración y apoyo a las vocaciones.

Confío en que estos días —durante los cuales ha circulado tanta riqueza, también gracias a los conferencistas que han participado— puedan contribuir a recordar que la pastoral vocacional es un deber fundamental de la Iglesia e involucra el ministerio de los pastores y de los laicos. Se trata de una misión urgente que el Señor nos pide que realicemos con generosidad.

Les aseguro mi oración. Y ustedes, por favor, no se olviden de orar por mí. Gracias.